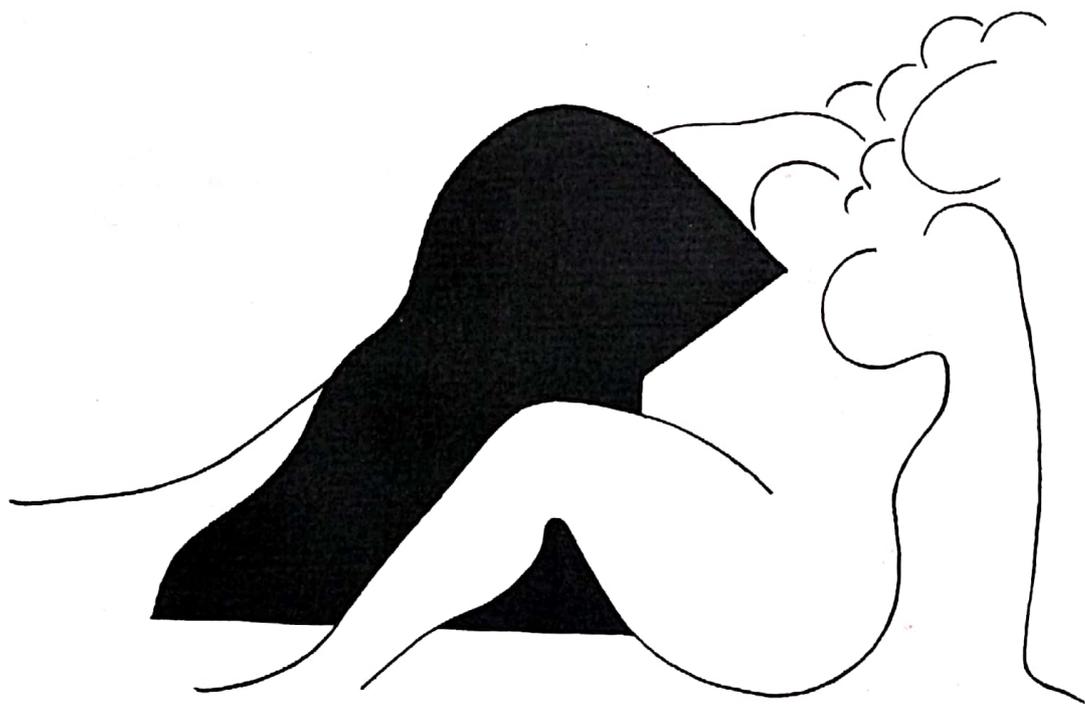


Johann Wolfgang
von Goethe

Elegías romanas



ILUSTRACIONES DE ANDREU ALFARO

GALAXIA GUTENBERG
CÍRCULO DE LECTORES

Johann Wolfgang
von Goethe

Elegías romanas

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

EDICIÓN BILINGÜE

ILUSTRACIONES DE ANDREU ALFARO

GALAXIA GUTENBERG
CÍRCULO DE LECTORES

¡Cómo éramos otrora tan felices!
Ahora hemos de saberlo por vosotras.

I

Decidme, piedras, algo. Hablad, altos palacios.
Calles, una palabra. ¿Tú, genio, no te inspiras?
Sí, todo está animado entre tus santos muros,
Roma eterna. Ante mí sólo guardas silencio.
¿Quién me susurrará? ¿Veré en una ventana
la bella criatura que me deleite y abraza?
No intuyo los caminos aún que recorreré
para verla, precioso tiempo sacrificando.
Aún miro iglesias, ruinas, palacios y columnas
como en viajes conviene a un hombre circunspecto.
Mas pronto pasará y habrá un único templo:
el templo del amor que acoge al consagrado.
Eres un mundo, Roma, pero sin el amor
el mundo no sería mundo, ni Roma, Roma.

II

¡Honrad a quien queráis! ¡Por fin estoy a salvo!
Vosotros, bellas damas, caballeros de mundo,
preguntad por el tío, el sobrino y las viejas;
y que el juego aburrido siga a la charla insulsa.
A los otros también, adiós: círculos nimios
o notables que casi lograsteis desquiciarme.
Políticos y vanos, machacad opiniones
que al caminante siguen, furiosas, por Europa.
La canción de «Malbrú» siguió al inglés viajero
así desde París a Livorno y a Roma,
y a Nápoles después; y si hubiera ido a Esmirna,
lo habría recibido en el puerto «Malbrú».
Así he debido oír a cada paso hasta hoy
las censuras del pueblo, del consejo de reyes.
Ya no me encontraréis en este mi refugio
que un regio protector, Amor, me ha concedido.
Aquí me cubre con sus alas; y la amada
no teme, muy romana, a galos furibundos.
Por nuevas no pregunta, sólo atiende esmerada
a los deseos del hombre al cual se ha entregado.
Se deleita en el libre y recio forastero
que habla de montes, nieve y casas de madera;
con él comparte el fuego que ha prendido en su pecho;
le alegra que no sea cicatero romano.
La mesa está mejor servida; no le faltan
vestidos ni el carruaje que la traslada a la ópera.
Se alegran madre e hija de su nórdico huésped,
y el bárbaro domina alma y cuerpo romanos.

¡No sientas, reina, haberte presurosa entregado!
Créeme, no te desprecio ni pienso mal de ti.
De muchos modos son las flechas del amor:
unas raspan... y azogan durante años el alma.
Con espléndidas plumas y recién afiladas,
otras tocan la médula, prenden fuego a la sangre.
En los tiempos heroicos, cuando amaban los dioses,
seguía deseo a mirada, y placer a deseo.
¿Mucho pensó, tú crees, la diosa del amor
que se prendó de Anquises en el bosque del Ida?
¿Tardó Luna en besar al hermoso durmiente?
Aurora, la envidiosa, lo habría despertado.
Hero a su Leandro vio en fiesta bulliciosa,
y se arrojó el amante, raudo, a la mar nocturna.
Rea Silvia, la doncella principesca, al río Tíber
bajó en busca de agua: allí la gozó el dios.
Dio a Marte unos gemelos que amamantó una loba,
y Roma se llama ahora la princesa del mundo.

IV

Somos píos, los amantes: a todos los demonios
oramos, a los dioses queremos todos gratos.
Parecemos vosotros, triunfadores romanos
que a los dioses de todos los pueblos acogéis,
sean negros, de basalto, rígidos, los egipcios,
o blancos y atractivos, marmóreos, los de Grecia.
No enfada a los eternos, empero, que el mejor
incienso dediquemos a una divinidad.
Gustosos confesamos que nuestras oraciones
y cultos se consagran a una en particular.
Son picantes y serias nuestras fiestas secretas,
y el silencio es lo propio de quien está iniciado.
Preferimos atraer mediante actos terribles
a las mismas Erinias, y soportar incluso
de Zeus el duro juicio en la rueda o la roca
a negar a nuestra alma su culto delicioso.
Esta diosa se llama Ocasión: ¡conocedla!
Aparece a menudo, siempre con otra forma.
Podría ser descendiente de Proteo y de Tetis,
cuya astucia mudante engañó a más de un héroe.
Engaña la hija ahora al débil e inexperto,
importuna al durmiente, rehúye al espabilado,
encantada se entrega sólo al ágil y activo;
éste la encuentra dócil, dulce, lúdica y bella.
Se me apareció un día, la morena: los pelos
le cubrían, oscuros y abundantes, la frente.
Rizos se ensortijaban sobre el grácil cuellito,
y cabellos rebeldes le ornaban la cabeza.
Yo la reconocí, besé a la presurosa,
me devolvió obediente, dulce, el beso y abrazo.
¡Me sentí afortunado! Pero el tiempo ha pasado:
atado me tenéis ahora, trenzas romanas.

V

Ahora siento entusiasmo en el clásico suelo,
con más encanto me habla el mundo de hoy y de antes.
Cada día hojeo, dócil, obras de los antiguos,
con mano ágil y siempre con placer renovado.
Mas me tiene en las noches el amor ocupado.
Seré así medio docto, mas dos veces feliz.
¿No aprendo acaso viendo las formas de los dulces
pechos? ¿Acariciando de cintura hacia abajo?
Ahora comprendo el mármol; reflexiono y comparo;
con mano que ve siento; veo con ojo sintiente.
Si bien horas del día me roba la querida,
las horas de la noche me da de recompensa.
No siempre nos besamos; conversamos con juicio,
y cuando ella se duerme, pienso mucho acostado.
Hartas veces he creado mis poemas en sus brazos,
hexámetros contando suavemente en su espalda
con los dedos. Respira ella en el dulce sueño
y se adentra su aliento hasta el fondo en mi pecho.
Mientras, Amor la llama nutre y piensa en los tiempos
en que el mismo servicio prestaba a sus triunviros.

VI

«¿No ves que me torturas, oh cruel, con tus palabras?
¿Es en tu país tan duro y amargo el hombre que ama?
¡Si el pueblo me acusa, he de aguantarlo! ¿No soy
acaso culpable? ¡Ay, pero lo soy contigo!
Cierta ropa demuestra, según una envidiosa,
que en soledad la viuda ya no llora al esposo.
¿No has venido a menudo a la luz de la luna,
incauto: abrigo oscuro y el pelo recogido?
¿No te has puesto la máscara, en broma, de un prelado?
Dice que ha sido un cura. Ese cura eres tú.
En la Roma eclesiástica –increíble, pero cierto–
jamás un sacerdote de mi abrazo ha gozado.
Pobre era por desgracia, joven y seducible;
Falconieri a menudo me miraba a los ojos,
y un tercero de Albani, con notas capitales,
me invitaba ora a Ostia, ora a Quattro Fontane.
Pero la joven no iba. Ya ves que siempre he odiado
las medias purpuradas y las lilas de abate.
“La chica es a la postre la engañada”, mi padre
decía; la madre, en cambio, tanto no se inquietaba.
¡Soy yo, pues, al final la engañada! Te enfadas
conmigo en apariencia, porque piensas dejarme.
¡No merecéis mujer! ¡Ve! Llevamos los hijos
bajo el pecho y también, sí, la fidelidad.
Mas vosotros, los hombres, con la fuerza y el deseo
derramáis el amor también en el abrazo»,
dijo mi amada, al niño levantó de la silla,
lo estrechó contra el pecho, le asomaron las lágrimas.
Cómo me avergonzaba que hostil habladuría
pudiera mancillar esta amorosa imagen.
Cuando el agua de golpe cae y tapa la lumbre,
por un momento el fuego arde oscuro y echa humo;
veloz se purifica y ahuyenta el vapor turbio,
la llama se alza nueva, reforzada y brillante.

VII

Cómo me siento en Roma feliz cuando recuerdo
los tiempos en que el gris me rodeaba en el norte,
pesaba y me abatía el cielo hosco y nuboso,
envolvía el mundo informe e incoloro al exhausto
y yo sobre mi yo cavilaba en silencio,
viendo los sombríos cauces del alma insatisfecha.
El brillo de un claro éter la frente alumbra ahora,
resalta Febo, el dios, las formas y colores.
Luce noche estrellada, resuenan suaves cánticos,
y la luna ilumina más que el día en el norte.
¡Qué dicha para mí, un mortal! ¿Sueño? ¿Acoge
tu casa de ambrosía, Júpiter, padre, al huésped?
Aquí tumbado estiro, suplicante, las manos
hacia tus pies, oh dios. Júpiter Xenius, óyeme:
no sabría decir cómo he entrado. ¿Recogió
Hebe a este peregrino y lo trajo a tus salas?
¿Has ordenado tú que suba aquí a un héroe?
¿Se equivocó la bella? ¡Aprovecho su error!
También tu hija Fortuna reparte hermosos dones
siguiendo sus caprichos, que parece una niña.
¿Eres hospitalario, dios? No expulses entonces
al huésped de tu Olimpo, no lo envíes a tierra.
«Poeta, ¿qué te has creído?» Perdona, mas el alto
monte capitolino es tu segundo Olimpo.
Tolérame aquí, oh Júpiter, y que un Hermes silente,
por la tumba de Cestio, me lleve luego al Orco.

VIII

Cuando cuentas, amor, que de niña a la gente
no gustabas, que tu madre te despreciaba,
que te desarrollaste en silencio... te creo:
me agrada imaginarte como niña especial.
La flor de vid carece de color y de forma,
mas deleita, madura, la uva a hombres y dioses.

IX

Brilla otoñal la llama en el hogar campestre,
crepita y se levanta de pronto de la leña.
Más me alegra esta noche: antes de consumirse,
de convertirse el haz en carbón y ceniza,
vendrá mi dulce chica. Lamearán las ramitas,
la noche calurosa será una fiesta espléndida.
Temprano deja, aprisa, ella el lecho de amor,
despierta, entre escarbillos, nuevas y ágiles llamas.
A la afectuosa, Amor otorgó el don, y no a otras,
de dar placer que casi nunca acaba en ceniza.

X

El César y Alejandro, Enrique y Federico,
los grandes, me darían la mitad de su fama
si a cada uno ofreciera este lecho una noche;
mas retiene a los pobres el Orco con rigor.
Del cálido lugar de amor goza, ser vivo,
antes de que Leteo, terrible, el pie te moje.

XI

A vosotras, oh Gracias, pone el poeta unas hojas
sobre el altar intacto, y capullos de rosa,
que os ofrece encantado. Se deleita el artista
en su taller las veces que parece un panteón.
Un dios, Júpiter, baja la frente; Juno la alza;
Febo emerge y sacude la cabeza rizada.
Mira seria Minerva, mientras Hermes, ligero,
aparta la mirada entre pícaro y tierno.
Tras Baco, el soñador, el suave, Citerea
muestra ojos deseantes, hasta en el mármol húmedos.
Recuerda sus abrazos y parece preguntar:
¿No debe el hijo hermoso estar entre nosotros?

XII

¿Oyes, amor, las voces allá en la vía Flaminia?
Los segadores vuelven a sus casas lejanas,
tras cosechar para el romano que desdeña
con sus manos trenzar la corona de Ceres.
No se dedican ya fiestas a la gran diosa
que dio, en vez de bellotas, trigo áureo de alimento.
Celebremos, pues, solos y alegres esta fiesta,
ya que somos los amantes como un pueblo reunido.
¿Has oído alguna vez de aquella fiesta mística
que antaño desde Eleusis siguió aquí al triunfador?
Griegos la crearon, griegos sólo gritaban entre
las murallas de Roma: «¡Ven a la noche sacra!».
Se alejaba el profano; el neófito aguardaba
trémulo en ropa blanca, símbolo de pureza.
Pasmado, una vez dentro, deambulaba por círculos
de asombrosas figuras; temblar parecía en sueños.
Serpientes se movían por el suelo, muchachas
traían cofres cerrados, adornados de espigas;
musitaban, con gestos vagos, los sacerdotes;
el aprendiz la luz anhelaba impaciente.
Sólo tras varias pruebas éranle reveladas
imágenes ocultas en el círculo sacro.
El secreto ¿cuál era? Que Deméter la grande
a un héroe complació cuando un día a Jasión,
robusto rey cretense, ofreció los encantos
más bellos y escondidos de su cuerpo inmortal.
¡Feliz se sintió Creta! El tálamo divino
se hinchó de espigas: grano opimo cubrió el campo,
pero el resto del mundo languideció. Pues Ceres,
disfrutando de amor, descuidó su tarea.
Con asombro escuchó el cuento el iniciado,
hizo un gesto a la amada... ¿Captas el gesto, amor?
Da ese mirto frondoso sombra a un sitio sagrado.
Nuestro deleite no es un riesgo para el mundo.

XIII

Un pícaro es Amor; quien confía en él se engaña.
Fingiendo vino a verme: «Ten fe en mí todavía,
seré honesto contigo; pues tu vida y poesía
a honrarme has dedicado, te estoy agradecido.
Incluso te he seguido hasta la urbe de Roma
para poder en tierras extrañas complacerte.
Lamentan los viajeros las malas atenciones;
bien son los favoritos de Amor agasajados.
Contemplas asombrado antiquísimas ruinas,
recorres con sentido este espacio sagrado.
Admiras más los restos valiosos de las obras
de grandes escultores a cuyo taller yo iba.
Yo en persona formé sus figuras. Perdona,
no presumo. Tú mismo admites que es verdad.
Ahora que me descuidas, ¿dónde están las hermosas
formas, el resplandor y color de tus obras?
¿Crearás de nuevo, amigo? La escuela de los griegos
sigue abierta, los años no han cerrado sus puertas.
Yo, maestro siempre joven, a los jóvenes amo.
¡No te quiero pedante ni añejo! ¡Ánimo! ¡Entiéndeme!
Lo antiguo era moderno en vida de esos dichosos.
Vive feliz y en ti vivirá el tiempo antiguo.
¿De dónde extraes materia de canto? Yo la otorgo.
Sólo el amor te enseña el estilo elevado».
Esto dijo el sofista. ¿Y quién le contradice?
Por desgracia obedezco cuando manda el monarca.
Y cumple su palabra el traidor; canto inspira,
¡ay!, y me roba el tiempo, la fuerza y la razón.
La pareja amorosa intercambia miradas,
y caricias y besos, dulces frases y sílabas.
Los murmullos son charla; el balbuceo, discurso:
un himno así resuena sin prosódica forma.

¡Te creía, oh Aurora, amiga de las musas!
¿También te ha seducido Amor, el licencioso?
Me apareces ahora cual si fueras su amiga,
en su altar me despiertas para el día festivo.
Mil rizos hallo sobre mi pecho; la cabeza
descansa sobre el brazo que al cuello se acomoda.
¡Qué despertar dichoso! Conservad, horas quietas,
la estatua del deleite que anoche me arrulló.
Dormitando se mueve, se estira por el lecho,
se gira; sin embargo, la mano en la mía deja.
Nos unen el amor cordial y el fiel anhelo,
sólo el deseo se guarda el derecho a variar.
Al apretar su mano, veo los ojos divinos
abrirse otra vez. ¡No! Dejad que me cultive.
¡Cerraos! Me confundís, me embriagáis, me robáis
temprano el placer quieto de la contemplación.
¡Estas formas grandiosas! ¡Estos miembros tan nobles!
Bella dormía Ariadna. ¿Por qué, Teseo, huiste?
¡A estos labios, un único beso! ¡Vete, Teseo!
¡Mira los ojos! ¡Se abren!... Te retendrá in aeternum.

XIV

Ponme la luz, muchacho... «Aún está claro. En vano
gastáis aceite y vela. No cerréis las cortinas;
tras las casas se ha puesto el sol, no tras el monte.
Media hora falta para las campanas nocturnas.»
¡Ve, infeliz, y obedece! Espero a mi querida...
Mientras, cálmame, lámpara, enviada de la noche.

Jamás habría seguido al César a Bretaña;
Floro, en cambio, me habría arrastrado a las tascas.
Odio más las neblinas del norte melancólico
que un pueblo diligente de pulgas en el sur.
Desde hoy con más ahínco os saludo, tabernas,
hosterías, que así las llama el buen romano.
Pues hoy me habéis mostrado a mi amor, con su tío,
al que ella tantas veces, para poseerme, engaña.
Rodeaban nuestra mesa joviales alemanes;
cerca, la niña halló sitio junto a la madre,
corrió una y otra vez el banco con tal gracia
que pude verle el cuello y también el perfil.
Gritaba más de lo que suelen las romanas,
me miró de soslayo, sirvió y no dio en la copa.
Derramó, pues, el vino; con dedo delicado,
trazó círculos sobre el tablero mojado.
Entrelazó mi nombre con el suyo; deseoso,
las andanzas del dedo seguí; ella me miraba.
Veloz dibujó el signo romano que es el cinco
y una raya delante. Trazó, apenas lo vi,
círculos y más círculos para borrar las huellas.
Pero el cuatro exquisito se me grabó en los ojos.
Allá sentado, mudo, me mordí el labio ardiente,
por placer, por deseo, también por picardía.
¡Qué tiempo hasta la noche! ¡Son cuatro horas de espera!
Alto sol, allí sigues y contemplas tu Roma.
Nada más grande has visto ni podrás ver jamás,
como prometió en éxtasis tu sacerdote Horacio.
Pero hoy no permanezcas, aparta la mirada
temprano y de buen grado de las Siete Colinas.
Por mor de un poeta abrevia las magníficas horas
que el pintor con los ojos fascinados disfruta.

Echa una mirada última a estas altas fachadas,
cúpulas y columnas y también obeliscos;
lánzate al mar de prisa para antes ver mañana
lo que desde hace siglos te da placer divino:
estas playas cubiertas tanto tiempo de cañas,
las alturas sombrías por árboles y arbustos,
pocas chozas mostraban antaño; de repente
rebosaban de un pueblo de felices bandidos.
Todo reunieron ellos en este sitio único;
lo restante ya apenas merecía tu atención.
Viste aquí crearse un mundo, después un mundo en ruinas,
de las ruinas de nuevo, uno casi más grande.
Que hile la diestra parca con parsimonia el hilo
para que mucho tiempo lo vea por ti alumbrado;
¡pero que se dé prisa la bella hora anunciada!
¡Soy feliz! ¿La oigo? ¡No! Pero ya oigo la tercera.
Así habéis, caras musas, engatusado el tedio
de este rato que de mi amor me separaba.
¡Adiós! Ahora me alejo y no temo ofenderos:
orgullosas, dais siempre la prioridad a Amor.

XVI

«¿Por qué hoy no has venido a la viña, mi amado?
Cumpliendo la promesa, yo sola te he esperado.»
Dentro estaba, querida, cuando vi por fortuna
a tu tío, ajetreado, que iba arriba y abajo,
y salí con sigilo. «¡Qué error has cometido!
Te ahuyentó una figura... Era un espantapájaros
que con cañas, esmero, ropa vieja construimos.
Con esmero he ayudado, pues, a perjudicarme.»
Se ha cumplido el deseo del anciano: al pájaro
ahuyentó que le roba el huerto y la sobrina.

XVII

Me hartan ciertos sonidos, pero lo más odioso
es el ladrar del perro, que me desgarrar el oído.
Sólo el ladrido de uno oigo con regocijo
a menudo: el del can que adiestró mi vecino.
Pues en su día ladró a mi chica cuando ella
venía a verme en secreto; casi nos traicionó.
Ahora, al oírlo ladrar, pienso: ella ya se acerca.
O recuerdo las veces que acudía la esperada.

XVIII

Una cosa me amarga más que todas las cosas;
otra –su mera idea– me indigna hasta la médula,
me es detestable, amigos: os la confesaré.
Mucho me amarga el lecho solitario en la noche,
mas nefando es temer en la senda de amor
serpientes, y veneno bajo las rosas del deleite,
cuando en el gran momento del placer que se entrega,
la angustia susurrante se acerca a tu cabeza.
De ahí que Faustina me haga feliz; comparte el lecho
encantada conmigo y al fiel es siempre fiel.
Atraen los obstáculos a la juventud briosa;
gozo, en cambio, gozando largo del bien seguro.
¡Qué dicha! Intercambiamos besos despreocupados;
vida, aliento aspiramos e infundimos sin miedo.
Disfrutamos las largas noches, sí, y abrazados
escuchamos las lluvias, tormentas y aguaceros.
Clarea poco a poco, las horas flores nuevas
aportan y engalanan el día. Sí, quírites,
consentidme esta dicha, y a cada cual dé el dios
el primero y el último de los bienes del mundo.

XIX

Nos cuesta mantener el buen nombre, pues Fama,
lo sé, con mi señor, Amor, está enfrentada.
¿Sabéis cómo empezaron ambos a detestarse?
Son historias antiguas, que yo cuento encantado.
Es diosa poderosa, mas nadie la aguantaba
en sociedad, pues gusta de llevar la palabra.
Por eso, con su voz de hierro, en los convites
divinos era odiada por grandes y pequeños.
Y un día se jactó de haber esclavizado
del todo al portentoso descendiente de Júpiter.
«Oh padre de los dioses, te llevaré a mi Hércules
renacido algún día», exclamó ella triunfante.
«Hércules no es el mismo que en su día te dio Alcmena;
lo convierte su culto a mí en dios en la tierra.
Cuando hacia el Olimpo alza la vista, crees que mira
tus poderosos pies. ¡Pues no! Porque el dignísimo
me busca a mí en el éter; sólo para ganarme
recorre el poderoso sendas nunca pisadas.
También voy a su encuentro en sus muchas andanzas,
celebro su nombre antes de que empiece su proeza.
Con él cásame un día; vencedor de amazonas,
será también el mío; feliz lo llamo esposo.»
Callaron todos para no irritar a la engreída
que, enfadada, tiende a las ideas malévolas.
No reparó en Amor. Él se apartó; al héroe
sometió a la más bella sin precisar mucho arte.
Disfrazó a su pareja; puso a ella piel de león
en los hombros; le dio con esfuerzo una maza.
En los pelos erguidos del héroe esparció flores,
puso ruela en su mano, que acogió bien la broma.
Pronto completó el cómico conjunto. A dar la nueva
fue corriendo al Olimpo: «¡Maravilla ha ocurrido!
¡Nunca el cielo y la tierra, ni el sol infatigable,
han visto en su eterna órbita semejante milagro!».

Todos se apresuraron; creían al licencioso,
pues había hablado en serio; también Fama acudió.
¿Quién se alegró de ver tan humillado al hombre?
Juno, que concedió a Amor un gesto amable.
Fama se avergonzaba, desesperada, al lado.
Al principio reía: «¡Son máscaras, oh dioses!
¡Conozco bien a mi héroe! ¡Nos gastan una broma
los actores!». Mas pronto vio con dolor que era él.
Vulcano se enfadó mucho menos al ver
a su mujer con el recio amigo atrapada
por la red que cogió, oportuna y sensata,
a los entrelazados, al placer entregados.
¡Los más jóvenes, cómo se alegraron! Mercurio
y Baco confesaron: era una bella idea
descansar sobre el pecho de esa mujer radiante:
«¡No la sueltes, Vulcano, queremos verla más!».
El viejo, el muy cornudo, la sujetó más fuerte...
Mas Fama, furibunda, huyó con rapidez.
Entre ellos la discordia desde entonces no cesa.
Tan pronto ella elige héroes, el mozo los persigue.
A quien más la venera, mejor trampa él le tiende.
Ataca al más honrado con más peligro que a otros.
Al que pretende huir lo hace ir de mal en peor.
Ofrece chicas; quien las rechaza tontamente
debe aguantar primero sus dardos furibundos;
hace al hombre desear a hombres y hasta animales.
Debe sufrir quien de él se avergüenza; al hipócrita,
placer amargo esparce entre maldad y apuro.
Pero también la diosa espiando lo persigue;
lo ve una vez contigo, te es hostil enseguida,
te aterra con miradas graves, despreciativas;
desprestigia, severa, la casa que él visita.
Así me va también; ya estoy sufriendo un poco;
investiga la diosa celosa mi secreto.
Es ley vieja: yo callo y adoro; como yo,
pagaron los helenos la discordia de reyes.

La fuerza adorna al hombre, y ser libre y osado,
pero casi más aún el profundo mutismo.
¡Discreción, vences urbes! ¡Princesa de los pueblos!
Diosa, que me has llevado, segura, por la vida,
¡qué destino me toca! La musa abre bromeando,
Amor, el pícaro, abre estos labios sellados.
¡Para un rey es difícil esconder la vergüenza!
La corona no oculta, tampoco el gorro frigio,
las orejas tan largas de Midas; las ve el criado,
se angustia y el secreto le oprime pronto el pecho.
Lo enterraría, para aliviarse, en la tierra:
mas no suele guardar el suelo estos misterios;
juncos brotan, murmuran y susurran al viento:
«¡Nuestro príncipe Midas tiene largas orejas!».
Más arduo me resulta guardar mi bello arcano:
¡ay, de los labios brota fácilmente la euforia!
A una amiga no me abro: podría reprenderme;
al amigo tampoco: me pondría en peligro.
Contar mi dicha al bosque, a la roca bramante:
no soy para eso joven ni soy un solitario.
A vosotros, mis versos, quiero yo confesar
que me alegra de día, me deleita de noche.
Buscada por los hombres, ella evita las trampas:
del audaz, descaradas; del astuto, veladas;
la sutil las esquivo, conoce los caminos
donde, atento y deseante, la recibe el amado.
¡Atrás, Luna, que viene, que no la vea el vecino!
¡Mueve hojas, airecillo, que no se oigan sus pasos!
Creced y floreced, oh canciones queridas,
y meceos al arrullo de un aire dulce y suave;
mostrad a los quirites, cual juncos tan chismosos,
luego el secreto hermoso de una feliz pareja.

RÖMISCHE ELEGIEN

Wie wir einst so glücklich waren!
Müssen's jetzt durch euch erfahren.

I

Saget, Steine, mir an, o sprecht, ihr hohen Paläste!
Straßen, redet ein Wort! Genius, regst du dich nicht?
Ja, es ist alles beseelt in deinen heiligen Mauern,
Ewige Roma; nur mir schweiget noch alles so still.
O wer flüstert mir zu, an welchem Fenster erblick ich
Einst das holde Geschöpf, das mich versengend erquickt?
Ahn ich die Wege noch nicht, durch die ich immer und immer,
Zu ihr und von ihr zu gehn, opfre die köstliche Zeit?
Noch betracht ich Kirch und Palast, Ruinen und Säulen,
Wie ein bedächtiger Mann schicklich die Reise benutzt.
Doch bald ist es vorbei; dann wird ein einziger Tempel,
Amors Tempel, nur sein, der den Geweihten empfängt.
Eine Welt zwar bist du, o Rom; doch ohne die Liebe
Wäre die Welt nicht die Welt, wäre denn Rom auch nicht Rom.

II

Ehret, wen ihr auch wollt! Nun bin ich endlich geborgen!
Schöne Damen und ihr, Herren der feineren Welt,
Fraget nach Oheim und Vetter und alten Muhmen und Tanten;
Und dem gebundnen Gespräch folge das traurige Spiel.
Auch ihr übrigen fahret mir wohl, in großen und kleinen
Zirkeln, die ihr mich oft nah der Verzweiflung gebracht.
Wiederholet, politisch und zwecklos, jegliche Meinung,
Die den Wandrer mit Wut über Europa verfolgt.
So verfolgte das Liedchen »Malbrough« den reisenden Briten
Einst von Paris nach Livorn, dann von Livorno nach Rom,
Weiter nach Napel hinunter; und wär er nach Smyrna gesegelt,
»Malbrough!« empfing ihn auch dort, »Malbrough!« im Hafen das Lied.
Und so muß ich bis jetzt auf allen Tritten und Schritten
Schelten hören das Volk, schelten der Könige Rat.
Nun entdeckt ihr mich nicht so bald in meinem Asyle,
Das mir Amor, der Fürst, königlich schützend, verlieh.

Hier bedeckt er mich mit seinem Fittich; die Liebste
Fürchtet, römisch gesinnt, wütende Gallier nicht;
Sie erkundigt sich nie nach neuer Märe, sie spähet
Sorglich den Wünschen des Manns, dem sie sich eignete, nach.
Sie ergetzt sich an ihm, dem freien, rüstigen Fremden,
Der von Bergen und Schnee, hölzernen Häusern erzählt;
Teilt die Flammen, die sie in seinem Busen entzündet,
Freut sich, daß er das Gold nicht wie der Römer bedenkt.
Besser ist ihr Tisch nun bestellt; es fehlet an Kleidern,
Fehlet am Wagen ihr nicht, der nach der Oper sie bringt.
Mutter und Tochter erfreun sich ihres nordischen Gastes,
Und der Barbare beherrscht römischen Busen und Leib.

III

Laß dich, Geliebte, nicht reun, daß du mir so schnell dich ergeben!
Glaub es, ich denke nicht frech, denke nicht niedrig von dir.
Vielfach wirken die Pfeile des Amor: einige ritzen,
Und vom schleichenden Gift kranket auf Jahre das Herz.
Aber mächtig befiedert, mit frisch geschliffener Schärfe,
Dringen die andern ins Mark, zünden behende das Blut.
In der heroischen Zeit, da Götter und Göttinnen liebten,
Folgte Begierde dem Blick, folgte Genuß der Begier.
Glaubst du, es habe sich lange die Göttin der Liebe besonnen,
Als im Idäischen Hain einst ihr Anchises gefiel?
Hätte Luna gesäumt, den schönen Schläfer zu küssen,
O so hätt ihn geschwind, neidend, Aurora geweckt.
Hero erblickte Leandern am lauten Fest, und behende
Stürzte der Liebende sich heiß in die nächtliche Flut.
Rhea Silvia wandelt, die fürstliche Jungfrau, der Tiber
Wasser zu schöpfen, hinab, und sie ergreift der Gott.
So erzeugte die Schöne sich Mars! – Die Zwillinge tränket
Eine Wölfin, und Rom nennt sich die Fürstin der Welt.

IV

Fromm sind wir Liebende, still verehren wir alle Dämonen,
Wünschen uns jeglichen Gott, jegliche Göttin geneigt.
Und so gleichen wir euch, o römische Sieger! Den Göttern
Aller Völker der Welt bietet ihr Wohnungen an,
Habe sie schwarz und streng aus altem Basalt der Ägypter
Oder ein Grieche sie weiß, reizend, aus Marmor geformt.
Doch verdrießt es nicht die Ewigen, wenn wir besonders
Weihrauch köstlicher Art *einer* der Göttlichen streun.
Ja, wir bekennen euch gern, es bleiben unsre Gebete,
Unser täglicher Dienst *einer* besonders geweiht.
Schalkhaft munter und ernst begehen wir heimliche Feste,
Und das Schweigen geziemt allen Geweihten genau.
Eh' an die Ferse lockten wir selbst, durch gräßliche Taten,
Uns die Erinnyen her, wagten es eher, des Zeus
Hartes Gericht am rollenden Rad und am Felsen zu dulden,
Als dem reizenden Dienst unser Gemüt zu entziehn.
Diese Göttin, sie heißt *Gelegenheit*, lernet sie kennen!
Sie erscheint euch oft, immer in andrer Gestalt.
Tochter des Proteus möchte sie sein, mit Thetis gezeugt,
Deren verwandelte List manchen Heroen betrog.
So betriegt nun die Tochter den Unerfahrenen, den Blöden;
Schlummernde necket sie stets, Wachende fliegt sie vorbei;
Gern ergibt sie sich nur dem raschen, tätigen Manne;
Dieser findet sie zahm, spielend und zärtlich und hold.
Einst erschien sie auch mir, ein bräunliches Mädchen, die Haare
Fielen ihr dunkel und reich über die Stirne herab,
Kurze Locken ringelten sich ums zierliche Hälschen,
Ungeflochtenes Haar krauste vom Scheitel sich auf.
Und ich verkannte sie nicht, ergriff die Eilende, lieblich
Gab sie Umarmung und Kuß bald mir gelehrig zurück.
O wie war ich beglückt! – Doch stille, die Zeit ist vorüber,
Und umwunden bin ich, römische Flechten, von euch.

V

Froh empfind ich mich nun auf klassischem Boden begeistert;
 Vor- und Mitwelt spricht lauter und reizender mir.
 Hier befolg ich den Rat, durchblättere die Werke der Alten
 Mit geschäftiger Hand, täglich mit neuem Genuß.
 Aber die Nächte hindurch hält Amor mich anders beschäftigt;
 Wird ich auch halb nur gelehrt, bin ich doch doppelt beglückt.
 Und belehr ich mich nicht, indem ich des lieblichen Busens
 Formen spähe, die Hand leite die Hüften hinab?
 Dann versteh ich den Marmor erst recht; ich denk und vergleiche,
 Sehe mit fühlendem Aug, fühle mit sehender Hand.
 Raubt die Liebste denn gleich mir einige Stunden des Tages,
 Gibt sie Stunden der Nacht mir zur Entschädigung hin.
 Wird doch nicht immer geküßt, es wird vernünftig gesprochen;
 Überfällt sie der Schlaf, lieg ich und denke mir viel.
 Oftmals hab ich auch schon in ihren Armen gedichtet
 Und des Hexameters Maß leise mit fingernder Hand
 Ihr auf den Rücken gezählt. Sie atmet in lieblichem Schlummer,
 Und es durchglühet ihr Hauch mir bis ins Tiefste die Brust.
 Amor schüret die Lamp indes und denket der Zeiten,
 Da er den nämlichen Dienst seinen Triumvirn getan.

VI

»Kannst du, o Grausamer! mich in solchen Worten betrüben?
 Reden so bitter und hart liebende Männer bei euch?
 Wenn das Volk mich verklagt, ich muß es dulden! und bin ich
 Etwa nicht schuldig? Doch, ach! schuldig nur bin ich mit dir!
 Diese Kleider, sie sind der neidischen Nachbarin Zeugen,
 Daß die Witwe nicht mehr einsam den Gatten beweint.
 Bist du ohne Bedacht nicht oft bei Mondschein gekommen,
 Grau, im dunkeln Surtout, hinten gerundet das Haar?
 Hast du dir scherzend nicht selbst die geistliche Maske gewählt?
 Soll's ein Prälate denn sein: gut, der Prälate bist du.

In dem geistlichen Rom, kaum scheint es zu glauben, doch schwör ich:
Nie hat ein Geistlicher sich meiner Umarmung gefreut.
Arm war ich leider! und jung, und wohl bekannt den Verführern.
Falconieri hat mir oft in die Augen gegafft
Und ein Kuppler Albanis mich mit gewichtigen Zetteln
Bald nach Ostia, bald nach den Vier Brunnen gelockt.
Aber wer nicht kam, war das Mädchen. So hab ich von Herzen
Rotstrumpf immer gehaßt und Violettstrumpf dazu.
Denn: ›Ihr Mädchen bleibt am Ende doch die Betrogen‹,
Sagte der Vater, wenn auch leichter die Mutter es nahm.
Und so bin ich denn auch am Ende betrogen! Du zürnest
Nur zum Scheine mit mir, weil du zu fliehen gedenkst.
Geh! Ihr seid der Frauen nicht wert! Wir tragen die Kinder
Unter dem Herzen, und so tragen die Treue wir auch;
Aber ihr Männer, ihr schüttet mit eurer Kraft und Begierde
Auch die Liebe zugleich in den Umarmungen aus!«
Also sprach die Geliebte und nahm den Kleinen vom Stuhle,
Drückt' ihn küssend ans Herz, Tränen entquollen dem Blick.
Und wie saß ich beschämt, daß Reden feindlicher Menschen
Dieses liebliche Bild mir zu beflecken vermocht!
Dunkel brennt das Feuer nur augenblicklich und dampfet,
Wenn das Wasser die Glut stürzend und jählings verhüllt;
Aber sie reinigt sich schnell, verjagt die trübenden Dämpfe,
Neuer und mächtiger dringt leuchtende Flamme hinauf.

VII

O wieühl ich in Rom mich so froh! gedenk ich der Zeiten,
Da mich ein graulicher Tag hinten im Norden umfing,
Trübe der Himmel und schwer auf meine Scheitel sich senkte,
Farb- und gestaltlos die Welt um den Ermatteten lag
Und ich über mein Ich, des unbefriedigten Geistes
Düstre Wege zu spähn, still in Betrachtung versank.
Nun umleuchtet der Glanz des helleren Äthers die Stirne;
Phöbus rufet, der Gott, Formen und Farben hervor.

Sternhell glänzet die Nacht, sie klingt von weichen Gesängen,
Und mir leuchtet der Mond heller als nordischer Tag.
Welche Seligkeit ward mir Sterblichem! Träum ich? Empfänget
Dein ambrosisches Haus, Jupiter Vater, den Gast?
Ach! hier lieg ich und strecke nach deinen Knien die Hände
Flehend aus. O vernimm, Jupiter Xenius, mich!
Wie ich hereingekommen, ich kann's nicht sagen; es faßte
Hebe den Wandrer und zog mich in die Hallen heran.
Hast du ihr einen Heroen herauf zu führen geboten?
Irrte die Schöne? Vergib! Laß mir des Irrtums Gewinn!
Deine Tochter Fortuna, sie auch! die herrlichsten Gaben
Teilt als ein Mädchen sie aus, wie es die Laune gebeut.
Bist du der wirtliche Gott? O dann so verstoße den Gastfreund
Nicht von deinem Olymp wieder zur Erde hinab! –
»Dichter! wohin versteigest du dich?« – Vergib mir; der hohe
Kapitolinische Berg ist dir ein zweiter Olymp.
Dulde mich, Jupiter, hier, und Hermes führe mich später,
Cestius' Mal vorbei, leise zum Orkus hinab.

VIII

Wenn du mir sagst, du habest als Kind, Geliebte, den Menschen
Nicht gefallen und dich habe die Mutter verschmäht,
Bis du größer geworden und still dich entwickelt – ich glaub es:
Gerne denk ich mir dich als ein besonderes Kind.
Fehlet Bildung und Farbe doch auch der Blüte des Weinstocks,
Wenn die Beere, gereift, Menschen und Götter entzückt.

IX

Herbstlich leuchtet die Flamme vom ländlich geselligen Herde,
Knistert und glänzet, wie rasch! sausend vom Reisig empor.
Diesen Abend erfreut sie mich mehr; denn eh noch zur Kohle
Sich das Bündel verzehrt, unter die Asche sich neigt,

Kommt mein liebliches Mädchen. Dann flammen Reisig und Scheite,
Und die erwärmte Nacht wird uns ein glänzendes Fest.
Morgen frühe geschäftig verläßt sie das Lager der Liebe
Weckt aus der Asche behend Flammen aufs neue hervor.
Denn vor andern verlieh der Schmeichlerin Amor die Gabe,
Freude zu wecken, die kaum still wie zu Asche versank.

X

Alexander und Cäsar und Heinrich und Friedrich, die Großen,
Gaben die Hälfte mir gern ihres erworbenen Ruhms,
Könnt ich auf *eine* Nacht dies Lager jedem vergönnen;
Aber die Armen, sie hält strenge des Orkus Gewalt.
Freut dich also, Lebend'ger, der lieberwärmten Stätte,
Ehe den fliehenden Fuß schauerlich Lethe dir netzt.

XI

Euch, o Grazien, legt die wenigen Blätter ein Dichter
Auf den reinen Altar, Knospen der Rose dazu,
Und er tut es getrost. Der Künstler freuet sich seiner
Werkstatt, wenn sie um ihn immer ein Pantheon scheint.
Jupiter senket die göttliche Stirn, und Juno erhebt sie;
Phöbus schreitet hervor, schüttelt das lockige Haupt;
Trocken schauet Minerva herab, und Hermes, der leichte,
Wendet zur Seite den Blick, schalkisch und zärtlich zugleich.
Aber nach Bacchus, dem weichen, dem träumenden, hebet Cythere
Blicke der süßen Begier, selbst in dem Marmor noch feucht.
Seiner Umarmung gedenket sie gern und scheint zu fragen:
Sollte der herrliche Sohn uns an der Seite nicht stehn?

Hörest du, Liebchen, das muntre Geschrei den Flaminischen Weg her?
 Schnitter sind es; sie ziehn wieder nach Hause zurück,
 Weit hinweg. Sie haben des Römers Ernte vollendet,
 Der für Ceres den Kranz selber zu flechten verschmäht.
 Keine Feste sind mehr der Großen Göttin gewidmet,
 Die, statt Eicheln, zur Kost goldenen Weizen verlieh.
 Laß uns beide das Fest im stillen freudig begehen!
 Sind zwei Liebende doch sich ein versammeltes Volk.
 Hast du wohl je gehört von jener mystischen Feier,
 Die von Eleusis hierher frühe dem Sieger gefolgt?
 Griechen stifteten sie, und immer riefen nur Griechen,
 Selbst in den Mauern Roms: »Kommt zur geheiligten Nacht!«
 Fern entwich der Profane; da bebte der wartende Neuling,
 Den ein weißes Gewand, Zeichen der Reinheit, umgab.
 Wunderlich irrte darauf der Eingeführte durch Kreise
 Seltner Gestalten; im Traum schien er zu wallen: denn hier
 Wanden sich Schlangen am Boden umher, verschlossene Kästchen,
 Reich mit Ähren umkränzt, trugen hier Mädchen vorbei,
 Vielbedeutend gebärdeten sich die Priester und summten;
 Ungeduldig und bang harrte der Lehrling auf Licht.
 Erst nach mancherlei Proben und Prüfungen ward ihm enthüllet,
 Was der geheiligte Kreis seltsam in Bildern verbarg.
 Und was war das Geheimnis! als daß Demeter, die große,
 Sich gefällig einmal auch einem Helden bequemt,
 Als sie Jasion einst, dem rüstigen König der Kreter,
 Ihres unsterblichen Leibs holdes Verborgne gegönnt.
 Da war Kreta beglückt! das Hochzeitbette der Göttin
 Schwoll von Ähren, und reich drückte den Acker die Saat.
 Aber die übrige Welt verschmachtete; denn es versäumte
 Über der Liebe Genuß Ceres den schönen Beruf.
 Voll Erstaunen vernahm der Eingeweihte das Märchen,
 Winkte der Liebsten – Verstehst du nun, Geliebte, den Wink?
 Jene buschige Myrte beschattet ein heiliges Plätzchen!
 Unsre Zufriedenheit bringt keine Gefährde der Welt.

Amor bleibet ein Schalk, und wer ihm vertraut, ist betrogen!
 Heuchelnd kam er zu mir: »Diesmal nur traue mir noch.
 Redlich mein ich's mit dir, du hast dein Leben und Dichten,
 Dankbar erkenn ich es wohl, meiner Verehrung geweiht.
 Siehe, dir bin ich nun gar nach Rom gefolget; ich möchte
 Dir im fremden Gebiet gern was Gefälliges tun.
 Jeder Reisende klagt, er finde schlechte Bewirtung;
 Welchen Amor empfiehlt, köstlich bewirtet ist er.
 Du betrachtetest mit Staunen die Trümmern alter Gebäude
 Und durchwandelst mit Sinn diesen geheiligten Raum.
 Du verehrest noch mehr die wertigen Reste des Bildens
 Einziger Künstler, die stets ich in der Werkstatt besucht.
 Diese Gestalten, ich formte sie selbst! Verzeih mir, ich prahle
 Diesmal nicht; du gestehst, was ich dir sage, sei wahr.
 Nun du mir lässiger dienst, wo sind die schönen Gestalten,
 Wo die Farben, der Glanz deiner Erfindungen hin?
 Denkst du nun wieder zu bilden, o Freund? Die Schule der Griechen
 Blieb noch offen, das Tor schlossen die Jahre nicht zu.
 Ich, der Lehrer, bin ewig jung und liebe die Jungen.
 Altklug lieb ich dich nicht! Munter! Begreife mich wohl!
 War das Antike doch neu, da jene Glücklichen lebten!
 Lebe glücklich, und so lebe die Vorzeit in dir!
 Stoff zum Liede, wo nimmst du ihn her? Ich muß dir ihn geben,
 Und den höheren Stil lehret die Liebe dich nur.«
 Also sprach der Sophist. Wer widersprach ihm? und leider
 Bin ich zu folgen gewohnt, wenn der Gebieter befiehlt. –
 Nun, verräterisch hält er sein Wort, gibt Stoff zu Gesängen,
 Ach! und raubt mir die Zeit, Kraft und Besinnung zugleich;
 Blick und Händedruck und Küsse, gemütliche Worte,
 Silben köstlichen Sinns wechselt ein liebendes Paar.
 Da wird Lispeln Geschwätz, wird Stottern liebliche Rede:
 Solch ein Hymnus verhallt ohne prosodisches Maß.
 Dich, Aurora, wie kannt ich dich sonst als Freundin der Musen!
 Hat, Aurora, dich auch Amor, der lose, verführt?

Du erscheinst mir nun als seine Freundin und weckest
Mich an seinem Altar wieder zum festlichen Tag.
Find ich die Fülle der Locken an meinem Busen! das Köpfchen
Ruhet und drückt den Arm, der sich dem Halse bequemt.
Welch ein freudig Erwachen, erhieltet ihr, ruhige Stunden,
Mir das Denkmal der Lust, die in den Schlaf uns gewiegt! –
Sie bewegt sich im Schlummer und sinkt auf die Breite des Lagers,
Weggewendet; und doch läßt sie mir Hand noch in Hand.
Herzliche Liebe verbindet uns stets und treues Verlangen,
Und den Wechsel behielt nur die Begierde sich vor.
Einen Druck der Hand, ich sehe die himmlischen Augen
Wieder offen. – O nein! laßt auf der Bildung mich ruhn!
Bleibt geschlossen! Ihr macht mich verwirrt und trunken, ihr raubet
Mir den stillen Genuß reiner Betrachtung zu früh.
Diese Formen, wie groß! wie edel gewendet die Glieder!
Schief Ariadne so schön: Theseus, du konntest entfliehn?
Diesen Lippen ein einziger Kuß! O Theseus, nun scheid!
Blick ihr ins Auge! Sie wacht! – Ewig nun hält sie dich fest.

XIV

Zünde mir Licht an, Knabe! – »Noch ist es hell. Ihr verzehret
Öl und Docht nur umsonst. Schließet die Läden doch nicht!
Hinter die Häuser entwich, nicht hinter den Berg, uns die Sonne!
Ein halb Stündchen noch währt's bis zum Geläute der Nacht.« –
Unglückseliger! geh und gehorch! Mein Mädchen erwart ich;
Tröste mich, Lämpchen, indes, lieblicher Bote der Nacht!

XV

Cäsarn wär ich wohl nie zu fernen Britannen gefolget,
Florus hätte mich leicht in die Popine geschleppt!
Denn mir bleiben weit mehr die Nebel des traurigen Nordens
Als ein geschäftiges Volk südlicher Flöhe verhaßt.

Und noch schöner von heut an seid mir gegrüßet, ihr Schenken,
Osterien, wie euch schicklich der Römer benennt;
Denn ihr zeigtet mir heute die Liebste, begleitet vom Oheim,
Den die Gute so oft, mich zu besitzen, betriegt.
Hier stand unser Tisch, den Deutsche vertraulich umgaben;
Drüben suchte das Kind neben der Mutter den Platz,
Rückte vielmals die Bank und wußt es artig zu machen,
Daß ich halb ihr Gesicht, völlig den Nacken gewann.
Lauter sprach sie, als hier die Römerin pfeget, kredenzt,
Blickte gewendet nach mir, goß und verfehlte das Glas.
Wein floß über den Tisch, und sie, mit zierlichem Finger,
Zog auf dem hölzernen Blatt Kreise der Feuchtigkeit hin.
Meinen Namen verschlang sie dem ihrigen; immer begierig
Schaut ich dem Fingerchen nach, und sie bemerkte mich wohl.
Endlich zog sie behende das Zeichen der römischen Fünfe
Und ein Strichlein davor. Schnell, und sobald ich's gesehn,
Schlang sie Kreise durch Kreise, die Lettern und Ziffern zu löschen;
Aber die köstliche *Vier* blieb mir ins Auge geprägt.
Stumm war ich sitzen geblieben und biß die glühende Lippe,
Halb aus Schalkheit und Lust, halb aus Begierde, mir wund.
Erst noch so lange bis Nacht! dann noch vier Stunden zu warten!
Hohe Sonne, du weilst, und du beschauest dein Rom!
Größeres sahest du nichts und wirst nichts Größeres sehen,
Wie es dein Priester Horaz in der Entzückung versprach.
Aber heute verweile mir nicht, und wende die Blicke
Von dem Siebengebirg früher und williger ab!
Einem Dichter zuliebe verkürze die herrlichen Stunden,
Die mit begierigem Blick selig der Maler genießt;
Glühend blicke noch schnell zu diesen hohen Fassaden,
Kuppeln und Säulen zuletzt und Obeliskn herauf;
Stürze dich eilig ins Meer, um morgen früher zu sehen,
Was Jahrhunderte schon göttliche Lust dir gewährt:
Diese feuchten, mit Rohr so lange bewachsneun Gestade,
Diese mit Bäumen und Busch düster beschatteten Höhn.
Wenig Hütten zeigten sie erst; dann sahst du auf einmal
Sie vom wimmelnden Volk glücklicher Räuber belebt.

Alles schleppten sie drauf an diese Stätte zusammen;
Kaum war das übrige Rund deiner Betrachtung noch wert.
Sahst eine Welt hier entstehn, sahst dann eine Welt hier in Trümmern,
Aus den Trümmern aufs neu fast eine größere Welt!
Daß ich diese noch lange von dir beleuchtet erblicke,
Spinne die Parze mir klug langsam den Faden herab;
Aber sie eile herbei, die schon bezeichnete Stunde! –
Glücklich! Hör ich sie schon? Nein; doch ich höre schon Drei.
So, ihr lieben Musen; betrogst ihr wieder die Länge
Dieser Weile, die mich von der Geliebten getrennt.
Lebet wohl! Nun eil ich und fürcht euch nicht zu beleid'gen;
Denn ihr Stolzen, ihr gebt Amorn doch immer den Rang.

XVI

»Warum bist du, Geliebter, nicht heute zur Vigne gekommen?
Einsam, wie ich versprach, wartet ich oben auf dich.« –
Beste, schon war ich hinein; da sah ich zum Glücke den Oheim
Neben den Stöcken, bemüht, hin sich und her sich zu drehn.
Schleichend eilt ich hinaus! – »Oh, welch ein Irrtum ergriff dich!
Eine Scheuche nur war's, was dich vertrieb! Die Gestalt
Flickten wir emsig zusammen aus alten Kleidern und Rohren;
Emsig half ich daran, selbst mir zu schaden bemüht.« –
Nun, des Alten Wunsch ist erfüllt; den losesten Vogel
Scheucht' er heute, der ihm Gärtchen und Nichte bestiehlt.

XVII

Manche Töne sind mir Verdruß, doch bleibt am meisten
Hundegebell mir verhaßt; kläffend zerreißt es mein Ohr.
Einen Hund nur hör ich sehr oft mit frohem Behagen
Bellend kläffen, den Hund, den sich der Nachbar erzog.
Denn er bellte mir einst mein Mädchen an, da sie sich heimlich

Zu mir stahl, und verriet unser Geheimnis beinah.
Jetzo, hör ich ihn bellen, so denk ich nur immer: sie kommt wohl!
Oder ich denke der Zeit, da die Erwartete kam.

XVIII

Eines ist mir verdrießlich vor allen Dingen, ein andres
Bleibt mir abscheulich, empört jegliche Faser in mir,
Nur der bloße Gedanke. Ich will es euch, Freunde, gestehen:
Gar verdrießlich ist mir einsam das Lager zu Nacht.
Aber ganz abscheulich ist's, auf dem Wege der Liebe
Schlangen zu fürchten und Gift unter den Rosen der Lust,
Wenn im schönsten Moment der hin sich gebenden Freude
Deinem sinkenden Haupt lispelnde Sorge sich naht.
Darum macht Faustine mein Glück; sie teilet das Lager
Gerne mit mir und bewahrt Treue dem Treuen genau.
Reizendes Hindernis will die rasche Jugend; ich liebe,
Mich des versicherten Guts lange bequem zu erfreun.
Welche Seligkeit ist's! wir wechseln sichere Küsse,
Atem und Leben getrost saugen und flößen wir ein.
So erfreuen wir uns der langen Nächte, wir lauschen,
Busen an Busen gedrängt, Stürmen und Regen und Guß.
Und so dämmert der Morgen heran; es bringen die Stunden
Neue Blumen herbei, schmücken uns festlich den Tag.
Gönnet mir, O Quiriten! das Glück, und jedem gewähre
Aller Güter der Welt erstes und letztes der Gott!

XIX

Schwer erhalten wir uns den guten Namen, denn Fama
Steht mit Amorn, ich weiß, meinem Gebieter, in Streit.
Wißt auch ihr, woher es entsprang, daß beide sich hassen?
Alte Geschichten sind das, und ich erzähle sie wohl.

Immer die mächtige Göttin, doch war sie für die Gesellschaft
Unerträglich, denn gern führt sie das herrschende Wort;
Und so war sie von je bei allen Göttergelagen
Mit der Stimme von Erz Großen und Kleinen verhaßt.
So berühmte sie einst sich übermütig, sie habe
Jovis herrlichen Sohn ganz sich zum Sklaven gemacht.
»Meinen Herkules führ ich dereinst, o Vater der Götter«,
Rief triumphierend sie aus, »wiedergeboren dir zu.
Herkules ist es nicht mehr, den dir Alkmene geboren;
Seine Verehrung für mich macht ihn auf Erden zum Gott.
Schaut er nach dem Olymp, so glaubst du, er schaue nach deinen
Mächtigen Knien; vergib! nur in den Äther nach mir
Blickt der würdigste Mann; nur mich zu verdienen, durchschreitet
Leicht sein mächtiger Fuß Bahnen, die keiner betrat;
Aber auch ich begeg' ihm auf seinen Wegen und preise
Seinen Namen voraus, eh er die Tat noch beginnt.
Mich vermählst du ihm einst; der Amazonen Besieger
Werd auch meiner, und ihn nenn ich mit Freuden Gemahl!«
Alles schwieg; sie mochten nicht gern die Prahlerin reizen:
Denn sie denkt sich, erzürnt, leicht was Gehässiges aus.
Amorn bemerkte sie nicht: er schlich beiseite; den Helden
Bracht er mit weniger Kunst unter der Schönsten Gewalt.
Nun vermummt er sein Paar; ihr hängt er die Bürde des Löwen
Über die Schultern und lehnt mühsam die Keule dazu.
Drauf bespickt er mit Blumen des Helden sträubende Haare,
Reicht den Rocken der Faust, die sich dem Scherze bequemt.
So vollendet er bald die neckische Gruppe; dann läuft er,
Ruft durch den ganzen Olymp: »Herrliche Taten geschehn!
Nie hat Erd und Himmel, die unermüdete Sonne
Hat auf der ewigen Bahn keines der Wunder erblickt. «
Alles eilte; sie glaubten dem losen Knaben, denn ernstlich
Hatt er gesprochen; und auch Fama, sie blieb nicht zurück.
Wer sich freute, den Mann so tief erniedrigt zu sehen,
Denkt ihr! Juno. Es galt Amorn ein freundlich Gesicht.
Fama daneben, wie stand sie beschämt, verlegen, verzweifelnd!

Anfangs lachte sie nur: »Masken, ihr Götter, sind das!
Meinen Helden, ich kenn ihn zu gut! Es haben Tragöden
Uns zum besten!« Doch bald sah sie mit Schmerzen, er war's! –
Nicht den tausendsten Teil vordroß es Vulkanen, sein Weibchen
Mit dem rüstigen Freund unter den Maschen zu sehn,
Als das verständige Netz im rechten Moment sie umfaßte,
Rasch die Verschlungenen umschlang, fest die Genießenden hielt.
Wie sich die Jünglinge freuten! Merkur und Bacchus! sie beide
Mußten gestehn: es sei, über dem Busen zu ruhn
Dieses herrlichen Weibes, ein schöner Gedanke. Sie baten:
»Löse, Vulkan, sie noch nicht! Laß sie noch einmal besehn.«
Und der Alte war so Hahnrei und hielt sie nur fester. –
Aber Fama, sie floh rasch und voll Grimmes davon.
Seit der Zeit ist zwischen den zweien der Fehde nicht Stillstand,
Wie sie sich Helden erwählt, gleich ist der Knabe darnach.
Wer sie am höchsten verehrt, den weiß er am besten zu fassen,
Und den Sittlichsten greift er am gefährlichsten an.
Will ihm einer entgehn, den bringt er vom Schlimmen ins Schlimmste.
Mädchen bietet er an; wer sie ihm töricht verschmäht,
Muß erst grimmige Pfeile von seinem Bogen erdulden;
Mann erhitzt er auf Mann, treibt die Begierden aufs Tier.
Wer sich seiner schämt, der muß erst leiden; dem Heuchler
Streut er bittern Genuß unter Verbrechen und Not.
Aber auch sie, die Göttin, verfolgt ihn mit Augen und Ohren;
Sieht sie ihn einmal bei dir, gleich ist sie feindlich gesinnt,
Schreckt dich mit ernstem Blick, verachtenden Mienen, und heftig
Strenge verruft sie das Haus, das er gewöhnlich besucht.
Und so geht es auch mir: schon leid ich ein wenig; die Göttin,
Eifersüchtig, sie forscht meinem Geheimnisse nach.
Doch es ist ein altes Gesetz: ich schweig und verehere;
Denn der Könige Zwist büßten die Griechen, wie ich.

Zieret Stärke den Mann und freies, mutiges Wesen,
 Oh! so ziemet ihm fast tiefes Geheimnis noch mehr.
 Städtebezwingerin du, Verschwiegenheit! Fürstin der Volker!
 Teure Göttin, die mich sicher durchs Leben geführt,
 Welches Schicksal erfuhr ich! Es löset scherzend die Muse,
 Amor löset, der Schalk, mir den verschlossenen Mund.
 Ach, schon wird es so schwer, der Könige Schande verbergen!
 Weder die Krone bedeckt, weder ein phrygischer Bund
 Midas' verlängertes Ohr; der nächste Diener entdeckt es,
 Und ihm ängstet und drückt gleich das Geheimnis die Brust.
 In die Erde vergrüb er es gern, um sich zu erleichtern:
 Doch die Erde verwahrt solche Geheimnisse nicht;
 Rohre sprießen hervor und rauschen und lispeln im Winde:
 »Midas! Midas, der Fürst, trägt ein verlängertes Ohr!«
 Schwerer wird es nun mir, ein schönes Geheimnis zu wahren;
 Ach, den Lippen entquillt Fülle des Herzens so leicht!
 Keiner Freundin darf ich's vertraun: sie möchte mich schelten;
 Keinem Freunde: vielleicht brechte der Freund mir Gefahr.
 Mein Entzücken dem Hain, dem schallenden Felsen zu sagen,
 Bin ich endlich nicht jung, bin ich nicht einsam genug.
 Dir, Hexameter, dir, Pentameter, sei es vertrauet,
 Wie sie des Tags mich erfreut, wie sie des Nachts mich beglückt.
 Sie, von vielen Männern gesucht, vermeidet die Schlingen,
 Die ihr der Kühnere frech, heimlich der Listige legt;
 Klug und zierlich schlüpft sie vorbei und kennet die Wege,
 Wo sie der Liebste gewiß lauschend begierig empfängt.
 Zaudre, Luna, sie kommt! damit sie der Nachbar nicht sehe;
 Rausche, Lüftchen, im Laub! niemand vernehme den Tritt.
 Und ihr, wachset und blüht, geliebte Lieder, und wieget
 Euch im leisesten Hauch lauer und liebender Luft,
 Und entdeckt den Quiriten, wie jene Rohre geschwätzig,
 Eines glücklichen Paares schönes Geheimnis zuletzt.